

derna, el fetichismo deja de mostrarse en absoluto. ¿No diríamos entonces que estos hechos prueban evidentemente que el fetichismo es la primera forma religiosa? Y como los hechos son enteramente contrarios á los supuestos, claro es que esta proposicion resulta evidentemente falsa.

Ahora que la induccion nos ha mostrado la falsedad de este dogma recibido, estamos ya preparados para ver con qué fuerza la demuestra la deducion.

Apoyada en los relatos de los primeros viajeros que estuvieron principalmente en contacto con las razas avanzadas y civilizadas imperfectamente, la idea de que el fetichismo es proverbial tomó posesion en el espíritu de los hombres; y como la prevencion forma las nueve décimas partes de la creencia, quedó dueña del terreno casi sin oposicion; yo mismo la acepté, bien que con un vago sentimiento de descontento que sin duda nacia de la imposibilidad en que me hallaba de conocer el origen de una interpretacion tan extraña. Este sentimiento de disgusto vago lo fué de duda cuando tuve más exacto conocimiento de las ideas de los salvajes. De la duda pasé á la negacion cuando hube ordenado en forma de un cuadro sinóptico los hechos tomados de las razas más degradadas; y reflexionando sobre ellos ví claramente que la proposicion demostrada falsa *a posteriori*, es contraria á la probabilidad *a priori*.

Hemos visto, en el capítulo relativo á las *ideas de lo animado y de lo inanimado*, que el progreso de la inteligencia da la facultad de distinguir lo que vió de lo que no vió; que los animales superiores rara vez confunden lo uno con lo otro, y que no estamos autorizados para creer que el animal que sobrepaja en sagacidad á todos los demás confunda gratuitamente lo que vió con lo que no vió. Si la corrupcion fetichista era primordial, sería posible mostrar cómo la evolucion del pensamiento exigía que necesariamente apareciese antes que las demás; y esta tarea, á lo que yo juzgo, es imposible de cumplir. Ved el espíritu que del salvaje hemos trazado en los anteriores capítulos, sin nocion especulativa, ni crítica alguna, incapaz de generalizar, no poseyendo apenas otras naciones que las que directamente emanan de la percepcion. Preguntadle ¿qué puede inducirle á creer que un objeto inanimado contiene otro sér distinto del que le han dado á conocer sus sentidos? No tiene palabras para expresar propiedades abstractas, ni ménos aun para expresar la idea de la propiedad en general; y si no es capaz de concebir un color independientemente de los objetos coloreados, ¿cómo puede imaginar que una entidad invisible reforzando la aparente cause las acciones de ésta? No tiene tendencia á pensar que deba preceder tal concepcion; carece del poder necesario para comprenderla. Solo

cuando el progreso del pensamiento ha producido la teoría espiritista, y cuando las circunstancias la sugieren, es cuando puede formarse la idea de un agente animado en un objeto inanimado. Y digo prudentemente: cuando las circunstancias la sugieren; porque, de momento, el salvaje no supone gratuitamente que cosa alguna sea poseida por un espíritu. Se necesita algo de anormal para sugerir la presencia de un espíritu. Si más tarde, en más alto grado, en la escala del progreso, el hombre amplía este género de interpretacion hasta el punto de pensar que en la multitud de cosas ordinarias cada una contiene un espíritu, es que ha debido multiplicar previamente el número de las almas ó espíritus, y admitir derivados de ellos pululando por todas partes.

Tambien puede suponerse que el fetichismo es una consecuencia de la teoría espiritista, segun los hechos ofrecidos por los pueblos modernos. No aludo especialmente á la doctrina, aun existente, de la presencia real, ni á la creencia implicada por una práctica caida en desuso como la de exorcizar el agua que sirve para el bautismo; ni á las ideas de la gente de otro tiempo que estimaba «poseidos» los objetos que ofrecian un aspecto raro, sin recurrir á la posesion para explicar las propiedades ordinarias de los objetos, sino que hago principalmente alusion á los hechos que nos presenta el espiritismo moderno. Cuando las mesas voltean, cuando las sillas se mueven sin que agente visible alguno las ponga en movimiento, se supone que los espíritus las hacen mover. En presencia de un acto que no se comprende, el hombre vuelve á la antigua concepcion fetichista: atribuye la causa de este acto á un sér sobrenatural y hace de este sér sobrenatural, un espíritu.

Los sacrificios propiciatorios á los muertos, origen primero de los ritos fúnebres, más tarde de las prácticas que constituyen el culto de una manera general, unen, pues, entre otros resultados diferentes, la idolatría y el fetichismo. Véanse los grados por qué han pasado estas dos formas religiosas.

Tenemos los sacrificios al cuerpo recién muerto, al cuerpo disecado ó momia, á las reliquias; á una figura compuesta en parte de reliquias y en parte de otras materias; á una figura colocada sobre una arca ó cofre que contiene reliquias. Si, pues, la combinacion de reliquias y de figuras representativas ha sido el objeto al cual las razas civilizadas, los Egipcios, los Etruscos, los Romanos y hasta los mismos cristianos de la Edad Media, han ofrecido sacrificios, ¿por qué no veríamos en la figura del santo que se adora sobre su tumba la análoga de la efigie tallada que el salvaje coloca sobre una tumba y á la que ofrece sacrificios?

Nosotros tenemos la prueba evidente de que esta imagen representativa del muerto se transforma en el ídolo de la divinidad. El culto dura más ó ménos tiempo y en ciertos casos se convierte en permanente; y entonces constituye la idolatría reconocida del salvaje que transforma al fin por evolucion ese conjunto complicado de ceremonias religiosas que se realizan ante las estatuas respetadas y temidas en el interior de templos magníficos.

Vamos más lejos: el hombre primitivo cree que á la semejanza de lo externo va unida la de la naturaleza; de esta idea nace la creencia de que la efigie está habitada por un espíritu; y de esta creencia proviene la de que los dioses penetran en los ídolos y hablan por su boca.

Entre la idolatría y el fetichismo no existe solución de continuidad. En África, el Fetiche visible es con frecuencia una figura de forma humana parecida «con toda exactitud á nuestros espantajos;» alguna vez es un objeto que no tiene de humano sino sus relaciones con el hombre: es un amuleto, y la fé que en él se tiene nace, como hemos visto, de la fé en las reliquias, y por consiguiente de la teoría espiritista.

Los hechos prueban que el culto de las cosas que tienen algo de extraño, su volumen, su forma, su aspecto, su posición; es una práctica derivada y lindante con la creencia en la presencia de un espíritu primitivamente humano. El fetichismo se extiende y acentúa como vemos, á medida que la evolución mental progresa y acompaña el desenvolvimiento y elaboración de la teoría espiritista; se le encuentra do quiera se supone que los espíritus son las causas perennes de las enfermedades, heridas, accidentes, provechos, etc.; es una hipótesis que á todo se aplica victoriosamente, que parece explicarlo todo.

La idea que las sombras son almas viene en auxilio de las creencias fetichistas. De esta suerte nosotros lo hemos visto ya anteriormente, se extiende esta idea por la que es naturalmente arrastrado el hombre primitivo á otras sombras distintas de las que el cuerpo humano proyecta. Con el progreso, la razón impone al hombre primitivo esta consecuencia que, una vez aceptada, da fuerza á las ideas de las almas de objetos ya formados por otras más.

Existe la prueba de que el sér que adora en el objeto visible, es un espíritu; otra prueba viene frecuentemente á imponerle la idea de que este espíritu es el de un antepasado. En el Perú los *huacas* eran á la vez los objetos mismos y los espíritus conceptuados habitantes de estos objetos y que hablaban por ellos, eran los mayores de los Peruanos. «Un indio, nos dice Garcilaso, no es tenido por hombre de honor si no desciende de una fuente, de un río, de un lago (ó también del mar), ó de un animal salvaje, por ejemplo, un oso, un

leon, un tigre, una águila, ó de una ave que apellidan ellos *cuntur* (condor), ó de cualquiera otro animal de rapiña, ó de una montaña, de una caverna, ó de un bosque.» Es por esto, como lo cuenta Cieza, que los Peruanos adoraban los *huacas* de quienes descendían.

La idolatría y el fetichismo son productos desgajados del culto á los mayores. Creo que lo hemos visto claramente. Vamos á reconocerlo con mayor evidencia aun, al pasar á los grupos de hechos del mismo género que siguen á continuación.

CULTO DE LOS ANIMALES

En el capítulo sobre las ideas primitivas, hemos hecho notar que en el reino animal las metamorfosis reales son, á primera vista, más maravillosas que aquellas en las que la generalidad supone erróneamente su existencia; pues las diferencias que separan una larva de una mosca, un huevo de una ave, un renacuajo de una rana, son mayores que las que distinguen un niño de un cachorro, un hombre de un toro.

Así el salvaje, incitado por los cambios diarios, sin tener á mano para despojarse del error los conocimientos fijados por la experiencia acumulada durante miles de años, se abandona por entero á todas las ilusiones que pueden sugerirle la de que un sér viviente ha tomado forma diversa. A veces supone que el cambio que imagina se ha operado de una á otra forma animal; en el Brasil, por ejemplo, nos dice Burton, «se cree universalmente que el pájaro-mosca puede tomar la forma de una esfinge que lleva el nombre de aquel pájaro.» Pero lo más frecuente es que sea el hombre quien se transforma en bestia ó éstas en hombres.

Una ojeada sobre los hechos que nos ofrecen todas las razas nos permitirá escoger ejemplos y volver luego á su explicación.

La creencia de que los hombres revisten las formas de los brutos se expresa alguna vez de una manera general; los Thlinkits de la América del Norte, por ejemplo, no «acometen al oso sino en caso de mucha necesidad, porque puede ser un hombre que ha tomado la forma de un animal.» Una idea que concuerda con ésta es la creencia que tienen los Karens, quienes creen «que las aguas están habitadas por seres cuya forma propia es la de dragones (coco-